

En venir á mostrarse en la palestra
Digno de Durandarte y de Bayardo.

De esta lid, que trabarse sin testigos
Debe, en paraje solo y apartado,
Recelan los amigos
De Reinaldo funesto resultado.
Sagaz es el rey moro y denodado,
Y en su mano robusta
Viendo esta espada, cada cual se asusta.

A nadie, empero, tanto
Como á Mangis afana
Este fatal temor. De buena gana,
Por impedir la lucha, á un nuevo encanto
Recurriera; mas teme que se agrave
La enemistad que el héroe le profesa
Desde que le hizo abandonar su empresa,
Iluso conduciéndolo á la nave.
En tanto que al temor y á la congoja
Todos se entregan, de la mancha grave
Hecha á su honor el héroe se sonroja.
Piensa que tiempo es ya de que la lave,
Para siempre imponiendo en este día
Silencio al de Poitiers y al de Altafoja.

Lleno pues de esperanza y de alegría,
Viene á la lid. Por el costado opuesto
Llegando el moro en esto,
Cual si nacidos de la misma raza
Fueran los dos, el uno al otro abraza
Con faz serena y cariñoso gesto.
Mas consignado en otro canto se halla
El principio y el fin de esta batalla.

CANTO XXXII.

Lamentaciones é inquietudes de Bradamante. — Llega á Montalban un caballero, y le da malas noticias de Roger. — Comparecen los tres reyes enviados de la reina de Irlanda. Entra Bradamante en el castillo de Tristan, y vence á los tres reyes. — Historia de Clodio. — La hija de Amon defiende la causa de su rival.

Hablar os ofreci (se me olvidaba)
De la terrible duda
Que, con violencia cruda,
Agudo diente emponzoñado clava
En el alma constante
De la bella y sensible Bradamante.
Cuando iba á hacerlo, á interrumpirme vino
El paladin Reinaldo,
A quien Guidon detuvo en su camino,
Por un asunto y otro entretenido,
El principal olvido.
A hablaros, pues, de Bradamante paso,
Dejando aquí á Reinaldo y á Cradaso.

Mas ántes permitid que un poco os hable
De Agramante, que, en Arles refugiado,
Junta la poca gente que ha logrado
Escapar á la espada inexorable
Del principe de Amon. A pocas millas
Del Africano mar y de Pirene,
Y situada del Ródano á orillas,
Arles, de todas las francesas villas
Es la que mas para este fin conviene.

Por toda Francia numerosa hueste
Reclutando Marsilio
De á caballo y á pié, manda que auxilio
Vaya á dar á Agramante, y que se apreste
A desplegar su lona
Cuanto bajel descansa en Barcelona.

Agramante, á sus jefes congregando,
Sacrificios y esfuerzos no perdona,
Y al africano abruma
De mil impuestos con enorme suma.
En vano á Rodomonte,
Por hacerle que venga, ha declarado
Que con su bella prima, hija de Almonte,
Le entregará de Oran el pingüe estado.
Rodomonte desecha esta propuesta,
En tanto que Marfisa,
A auxiliar á su rey siempre dispuesta,
Su derrota escuchando, á toda prisa,
Por salvar de Agramante la corona,
Corre á ofrecer su hacienda y su persona.

A Brunelo se lleva, y en regalo
Quiere al rey ofrecello
Después de haberlo, con el lazo al cuello,
Tenido al pié del palo
Diez dias y diez noches. Pero, viendo
Que nadie encuentra que por él combata,
Y en tan inmunda sangre no queriendo
Manchar sus nobles manos, lo desata.

Desátalo, y, cual dije,
Por darlo al rey hácia Arles se dirige.

Agramante, contento
De la llegada de Marfisa, ordena,
Para probar su gozo, que á una almena
Colgado el vil autor de tanto dolo,
Reciba el escarmiento
Con que la dama le asustó tan solo.
Por pasto, pues, de cuervos y milanos
En sitio oculto y yermo
Dejado fué. Roger, que con sus manos
Le libró ya otra vez, agora enfermo
Yace, y el cielo quiso
Que el pérfido espirara
Antes que el héroe recibiera aviso.
Cual proscrito ó cautivo

De su mazmorra ó de su patria abiertas
Anhela ver las puertas,
Así impaciente en esto Bradamante,
Llegar no viendo á aquel á quien adora,
Del suspirado instante
Lamenta y culpa la fatal demora.
En esta agitacion recela acaso
Que, del carro del sol alguna rueda
Partida, ó cojo algun corcel, el paso
Hácia la tierra dirigir le veda.
Mas largo á su deseo
Cada dia que pasa le aparece,
Que aquel en que del luminoso coche
Detuvo el curso el gran Profeta hebreo;
Mas largo que la noche
Que á Alcides vió nacer. ¡Oh! ¡cuántas veces
Dirige al cielo preces
Porque la gracia que concede al oso,
Al huron, al raposo,
Y á varios otros brutos, le conceda,
Y que en profundo sueño
La suma en tanto que mirarse pueda,
Despertándose, en brazos de su dueño!
Mas, léjos de obtener tal gracia, apenas
Puede hallar en la pluma
Que, agitándose, abruma,
Un instante el olvido de sus penas.
Desde el lecho corriendo, á la ventana
Va á menudo en su bárbara agonía,
Por ver si vuelve de Titon la esposa
A sacar de la mar su faz de rosa.
Mas el dolor acerbo que la afana
En la noche, la acosa todo el dia,
Y así que ve del sol las luces bellas,
Retorna á suspirar por las estrellas.
Algunos dias ántes del fijado
Para el retorno de Roger, en su alma
Siente la dama intervalos de calma.

Y, persuadida que Roger, ó alguno
 Que á anunciar viene su llegada, acorre,
 Sube una vez y ciento á la alta torre,
 Desde la cual descubre campos, selvas
 Y parte de la via
 Que á Montalban desde la corte guia.
 Si de armas á lo léjos
 Oye el sonido, ó mira los reflejos,
 Que es Roger se figura. Si á pié nota
 Caminante sin armas y sin cola,
 Que nuncio es suyo alegre se imagina
 Mas su ilusion mil veces se disuelve,
 Y mil, en la inquietud que la alucina,
 A incurrir en su error de nuevo vuelve.
 Tal vez, creyendo hallarlo, del castillo
 Desciende armada, y por el llano avanza.
 No encontrando al caudillo
 Retorna á Montalban, con la esperanza
 De verlo allí; mas vano, vano es todo:
 Su corazon abrasa
 Un estéril deseo, y de este modo
 El suspirado término se pasa.
 Pasa, y la noche, y una,
 Y dos, seis, ocho, veinte mas. La dama
 No viéndolo llegar, noticia alguna
 No recibiendo de Roger, derrama
 Copioso llanto, que á piedad moviera
 Del hondo averno á la mas cruda furia,
 Y su áurea cabellera,
 Sus bellos ojos y su seno injuria.
 « ¿Es justo acaso, » dice, « que yo deba
 « Así buscar al que de mí se esconde?
 « ¿De mi tierna amistad dar otra prueba
 « Debo á aquel que á mi amor no corresponde?
 « ¿Sufriré que me oprima
 « Quien en tanto sus méritos estima,
 « Que para hacerle amar será preciso
 « Descienda una deidad del paraiso?

« Ese cruel, que sabe cual le quiero,
 « Por dama no me quiere ni por sierva.
 « De amor por él no ignora que me muero;
 « Mas, altivo, reserva
 « Para un cadáver el consuelo. ¡Ingrato!
 « Teme ceder si su desden combato,
 « Y huye de mi cual de canoro acento
 « Áspid que teme su furor nativo,
 « Oyéndolo, ablandar. ¡Ah! de ese altivo
 « Deten el paso, Amor, por un momento,
 « O vuélveme la paz que disfrutaba
 « Antes de ser tu miserable esclava.
 « Mas ¿á qué suplicar? ineficaces
 « Sé que serán mis ruegos; pues no ignoro
 « Que aleve solo vives y te places
 « Cuando oyes quejas y contemplas lloro.
 « ¿De quién, empero, ¡oh misera! quejarme
 « Debo, sino de mi insensato anhelo?
 « El, despues de elevarme
 « Del cielo á las regiones, á otras pasa
 « Do las alas me abrasa;
 « Y, no pudiendo sostenerme, al suelo
 « Maltratada me arroja,
 « Y, alzándose otra vez, torna de nuevo
 « A abandonarme á mi mortal congoja.
 « Mas que de mi pasion, quejarme debo
 « De mí misma, que, en ciego desvario,
 « De la razon el trono derribando,
 « Entregué á una ilusion el pecho mio;
 « A una ilusion, cuyo poder infando
 « Contrastar hoy no puedo, y que á la muerte
 « Me conduce por áspero camino.
 « Mas ¡ah! Roger, ¿es justo, por quererte,
 « Que yo sufra tan bárbaro destino?
 « ¿Es un crimen tan grande
 « Que, débil é indefensa,
 « Tierna mujer su corazon ablande
 « Ante tu gracia, tu beldad inmensa?

« ¿Quién, á no estar privado de la vista,
 « Hay que del sol al resplandor resista?
 « A amarte no tan solo de mi estrella
 « Moviómé siempre irresistible influjo,
 « Sino que de esta union la imágen bella
 « Merlin ante mis ojos reprodujo.
 « Mas tal vez engañada por su labio,
 « Sin razon ; oh Roger! tu nombre agravio.
 « De Merlin , pues, y de Melisa astutos
 « Lamentaréme con clamor eterno.
 « De mi estirpe los frutos
 « Me hicieron ver en lo hondo del averno,
 « Con la intencion proterva
 « De someterme á servidumbre cruda,
 « Envidiosos sin duda
 « Del alto bien que el cielo me reserva. »
 Su alma de modo ocupa la congoja,
 Que sitio apénas la esperanza encuentra.
 Mas poco á poco con esfuerzos entra
 Esta, y en medio al corazon se aloja.
 Bradamante recuérdase en seguida
 Cuanto Roger le dijo á su partida,
 Y, á dar tregua al dolor en fin resuelta,
 Tranquila aguarda su anhelada vuelta.
 Empero, en busca de su amado un dia
 Que al camino salió, segun su usanza,
 Nueva escucha fatal que la alegría
 Roba á su pecho abierto á la esperanza.
 Un guerrero gascon encuentra acaso
 Que del árabe campo, donde preso
 Estuvo desde el último suceso,
 Allí dirige en su corcel el paso.
 Por venir al objeto que le place
 Al extranjero mil preguntas hace,
 Y solo de Roger la virgen habla
 Una vez que esta plática se entabla.
 Sucintamente él le refiere todo
 Cuanto en el campo musulman se dice.

Nárrale de que modo,
 Al amante feroz de Doralice
 La muerte dando, gravemente herido
 Estuvo un mes Roger. Si referido
 Hubiera solo aquesto,
 Dado un motivo honesto
 A la tardanza del guerrero habria ;
 Mas luego dice que en el campo se halla
 Una dama, del nombre de Marfisa,
 Bella en la corte, audaz en la batalla,
 Que, de Roger correspondida amante,
 No se separa de él un solo instante.

Opinion es comun que, en cuanto sano
 El héroe esté, se anunciará este enlace,
 Del cual ya de antemano
 Cada africano jefe se complace.
 De Marfisa y Roger la gallardía
 Viendo y la fuerza, cada cual confia
 Una raza formar de hombres de guerra
 Cual jamas existió sobre la tierra.

Por cierto narra, y no sin fundamento,
 El gascon esta nueva,
 Que por todo el alarbe campamento
 La fama esparce y á lo léjos lleva.
 Los públicos clamores fortifica
 De inclinacion reciproca algun signo,
 Que, con sana intencion ó fin maligno,
 Necio vulgo exagera ó multiplica.
 El verlos juntos á las tiendas moras
 Venir, y á todas horas
 Juntos andar, da peso
 A esta opinion, que apoya todavia
 De la guerrera el súbito regreso.

Esta nueva al saber, nadie hay que dude
 Que por ver ella acude
 A su Roger, del cual en compañía
 Una gran parte de la noche pasa,
 Despues de haber pasado todo el dia.

Mas lo que mas al vulgo maravilla,
Es ver de que manera
La que es con los demas tan altanera
Cual una esclava ante Roger se humilla.

Esto dice el gascon, y al escuchallo
Tal cuita el pecho de la dama cierra,
Que á poco viene á tierra.
Sin respirar, volviendo su caballo,
Al ver que en nada su esperanza funda,
Llena de zelos, de ira y de despecho,
A su estancia retorna foribunda.

Allí, sin desarmarse, sobre el lecho
Se arroja, y clava en él los mustios ojos,
Y sus sábanas muerde, porque á nadie
Llegue el alto clamor de sus enojos.
Allí, la historia horrenda
Del gascon recordando, la infelice
A su inmenso dolor suelta la rienda,
Y de este modo entre sollozos dice:

« ¡Oh inicuo amor! á proclamar me impeles
« Que en vano hallar fidelidad confio;
« Pues no la hallé en aquel que, ídolo mio,
« Modelo reputé de amantes fieles.
« ¿Quién vió, de las historias mas atroces
« En los fastos, conducta mas aleve
« Que la tuya, oh Roger; pues bien conoces
« Cuanto á mi amor tu indiferencia debe?
« ¿Porqué, cuando no existe
« Mortal sobre la tierra que te iguale
« En denuedo y belleza, no quisiste
« Que el mundo entre tus méritos señale
« La constancia en la fe, prenda preciosa
« Que entre todas las otras sobresale?
« ¿Ignoras que sin ella
« La gracia y el valor son poca cosa?
« Que la joya mas bella
« Nada vale si el sol no la colora.
« Fácil te fué engañar á una doncella

« Que rendida te adora,
« Y que ilusa creyera, á tu albedrío,
« Que el fanal de la luz es negro ó frio.
« ¿Qué crimen hay, aleve,
« Que á tu alma pueda dar remordimiento,
« Cuando reputas leve
« El romper tan solemne juramento?
« ¿Y qué trato darás á tu enemigo,
« Cuando das á quien te ama atroz tormento?
« Yo que en los cielos no hay justicia digo,
« Si á tu negra traicion no da castigo.
« Y si la ingratitude es de los males
« Que causar puede el hombre el mas terrible,
« Si el Señor inflexible
« Lanzó por ella al ángel mas hermoso
« Para siempre á las cuevas infernales,
« Y castigo reserva riguroso
« Al que se obstina en su pecado, ¿cuáles
« Serán, Roger, las penas
« A que tú mismo, ingrato, te condenas?
« El alma me robaste; y si perdono
« Que el frenético amor que te profeso
« Olvides, no por eso
« Sobre tí mis derechos abandono.
« Tu amor vuélveme pues; bien ¡ah! conoces
« Qué crimen es que de lo ajeno goces.
« Tú me olvidas infiel, y yo ni quiero
« Ni mostrar puedo igual indiferencia;
« Mas, por dar fin á mi suplicio fiero,
« Puedo y quiero acabar con mi existencia.
« Léjos de tí la muerte, empero, temo.
« ¿Porqué, porqué no me quitó la vida
« El instante supremo
« En que por tí me vi correspondida?»
Así renueva su fatal recuerdo,
Y, á morir decidida,
Salta del lecho. En cólera inflamada,
En su costado izquierdo

Fija la aguda punta de su espada;
Mas, de sus armas viéndose cubierta,
A cumplir su propósito no acierta.

« Dama, » le grita en esto
Una secreta voz; « dama sublime,
« El enojo funesto,
« De que quieres ser víctima, reprime.
« ¿No vale mas que al campo de la gloria
« Vayas do prez eterna se conquista?
« Si de Roger espiras á la vista,
« Le legarás al ménos tu memoria.
« Si á sus manos pereces,
« Qué placer á este igualará? ¿No es justo
« Que la vida te arranque el que las heces
« Te hizo beber del cáliz del disgusto?
« Y ántes acaso de morir, consigas
« Vengarte de esa dama
« Que de Roger el corazon inflama
« Con amores impúdicos é intrigas. »

Atenta á estas razones, Bradamante
A sus armas adapta y á su cota
Divisa que denota
La desesperacion de un pecho amante.
Entre amarilla y blanca,
Su túnica, en color es semejante
A las hojas que, faltas ya de jugo,
El cierzo de los árboles arranca,
Y un orla la guarnece
De tallos de cipres, que nunca crece
Cuando, al cortarlo, el hacha
De su tronco las vértebras remacha.

Viste este traje, en que el dolor asoma.
El corcel que solia
Montar Astolfo, toma,
Y la encantada lanza,
De la cual todavia
No conoce la insólita pujanza;
Y sola así, por la mas recta via,

Pónese en marcha hácia Paris, do ignora
La atroz carnicería
Que Cárlos hizo entre la gente mora.
De Cahors la ciudad y el territorio
Dejando atras, y el monte
Que del Dordoña es cuna, el promontorio
Mira de Montferrand y Claromonte.
Por el camino que ella
Siguiendo va, llegar en esto nota
Una apuesta doncella,
A cuyo arzon pendiente escudo flota.
Tres altos personajes
Con ella van, y, en larga fila, luego
Escuderos se ven, damas y pajes.

Así, por Bradamante interrogado,
Dice uno que á pasar viene á su lado:
« De la ínsula, Perdida apellidada,
« Ante el frances monarca acreditada,
« Viene tras largo viaje esa señora,
« Del polo boreal embajadora.
« Unos llaman Perdida, otros Irlanda
« Esta ínsula remota,
« De cuya reina la beldad ignota
« Ese escudo que ves á Cárlos manda,
« Pero con pacto y condicion expresa
« De que lo ha de entregar al caballero
« Mas bravo, segun él, del orbe entero.
« Ella se estima, y es quizá en efecto,
« La mas rara beldad de todo el mundo;
« Por eso busca un paladin perfecto,
« Que no tenga en las armas su segundo.
« Irrevocablemente decidida
« A no escuchar á quien amor le pida,
« Solo á un héroe tan fuerte y animoso
« Quiere honrar con el nombre de su esposo.
« Hallarlo espera en Francia
« De Carlomagno en la brillante corte,
« Que tanto ilustre paladin congrega.

« Los tres que ves allí , reyes del Norte ,
 « De la Gotia , la Suecia y la Noruega
 « Vienen , do en armas pocos , si se encuentran ,
 « Son los que en parangon con ellos entran .
 « Estos tres , cuyos reinos tan distantes
 « No estan como el de la insula Perdida
 « (Llamada así , pues poco conocida
 « Fué de antiguos y nuevos navegantes) ,
 « Eran y son amantes
 « De la hermosa princesa ,
 « Por quien , pujante y bravo ,
 « Llevó con gloria á cabo
 « Cada cual de ellos tanta insigne empresa .
 « Mas , con proyecto en su alma siempre fijo ,
 « La dama así , mas de una vez , les dijo :
 « No la audacia y denuedo
 « Que mostrasteis hasta hoy , me maravilla .
 « Si , cual radiante brilla
 « El sol entre los astros de la noche ,
 « Brillar al uno de vosotros veo ,
 « Su esfuerzo apreciaré ; bien que no creo
 « Que prueba tal estorbe
 « De hallar otro mas fuerte en todo el orbe .
 « Al sabio Carlomagno , á quien venero
 « Como el primer monarca de la tierra ,
 « Este broquel precioso mandar quiero ,
 « A fin de que lo entregue
 « A aquel que , suyo ó de otro rey vasallo ,
 « Sepa garrar la palma de la guerra .
 « Gustosa yo sométome á su fallo ,
 « Y si , despues que él conferido lo haya
 « A quien juzgue oportuno ,
 « De vosotros alguno
 « Hay que , al tal paladin poniendo á raya ,
 « El escudo conquiste , le prometo
 « Hacerle de mi amor único objeto .
 « Oyendo estas palabras , en deseo
 « Arden los tres valientes soberanos

« De alcanzar el espléndido trofeo ,
 « O de morir del que lo tenga á manos . »
 Así su historia acaba
 El paje ; sin demora
 A su caballo el acicate clava ,
 Y presto con los suyos se incorpora .
 Sin correr Bradamante , pensativa ,
 De lejos de la regia embajadora
 Siguiendo á la brillante comitiva ,
 Entre otras cosas , piensa
 La enemistad inmensa
 Que la conquista de este gran tesoro
 Debe sembrar de Carlos en la corte ,
 En detrimento de las lises de oro .
 Así , entre tantos planes indecisa ,
 Va caminando . En esto
 El recuerdo funesto
 La asalta de Roger y de Marfisa ,
 Y , miéntras llena de dolor cavila ,
 Errando á la ventura ,
 De buscar un albergue no se cura
 Do la noche pasar pueda tranquila .
 Cual nave de que roto
 El cable , sin timon y sin piloto ,
 Va donde el rio en su furor la impele ,
 Así la virgen en su cuita aciaga
 Absorta y embebida ,
 Abandona la brida
 Y á discrecion de Rabicano vaga .
 Los ojos alza luego , y al sol mira ,
 Que , volviendo la espalda
 A la ciudad de Bucó , se retira
 De su nodriza en la purpúrea falda .
 No queriendo dormir sobre la juncia
 Cuando envuelto está en nubes el Ocaso ,
 Y lluvia ó nieve húmedo viento anuncia ,
 Lijera mueve el paso ,
 Y advierte , á corto trecho ,